



DOMINGO CATEQUÉTICO
18 DE SEPTIEMBRE DE 2011
Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos

Haced
esto en
conmemoración
mía



Más allá de la Primera Comunión—Catequesis continua sobre las palabras, signos, rituales y símbolos que se usan en la Eucaristía

por el padre benedictino Jeremy Driscoll

Profesor de liturgia y teología sacramental de la Abadía de Mount Angel y del Seminario y Pontificio Ateneo de San Anselmo, Roma

Se presta justamente un cuidado especial a la catequesis de Primera Comunión. Esto es verdad tanto en el caso de los niños como de los adultos que se están preparando para recibir la Comunión por primera vez como cumbre de los sacramentos de Iniciación o que van a ser recibidos en plena comunión con la Iglesia católica. Pero ese “cuidado especial” no debe permitirnos olvidar que la Primera Comunión no es sino el principio de una necesidad de por vida de crecer en nuestro intento de comprender un misterio inagotable: el misterio de la celebración eucarística. Hay muchas maneras en las que este crecimiento puede llevarse a cabo: mediante la oración y la reflexión, leyendo ensayos o libros de diferentes épocas de la Iglesia, o mediante diferentes tipos de catequesis continua. Este ensayo ofrece una propuesta catequética: prepararnos para prestar mayor atención a las palabras, signos, rituales y símbolos que se usan en la Eucaristía. Lo que ofrezco aquí es un desarrollo de algunas de las dimensiones clave de la enseñanza del *Catecismo de la Iglesia Católica*, el cual

proporciona un contexto más amplio de los puntos que voy a destacar.

Estamos acostumbrados a pensar acerca de la celebración eucarística como algo que consta de “dos grandes momentos que forman una unidad básica” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, segunda edición [© 2001, Libreria Editrice Vaticana–United States Conference of Catholic Bishops, Washington, D.C.] [CIC], no.1346). Estos son la Liturgia de la Palabra y la Liturgia de la Eucaristía. Pero también existe un movimiento o “desarrollo de la celebración” en el cual se pueden discernir dentro de estos dos grandes momentos un número de partes o dimensiones más pequeñas. El *Catecismo* habla primero de la reunión de los fieles, después de la Plegaria Eucarística y, finalmente, de la Comunión (CIC, nos.1348-1355). Todas estas partes están formadas de palabras, signos, rituales y símbolos. Al prestar atención a sus significados podemos progresar algo en nuestro intento de comprender el misterio inagotable. Juntos todos estos elementos se combinan para proclamar y hacer

presente un maravilloso hecho divino. Ese hecho, ese acontecimiento, es la muerte de Jesús de Nazaret y su Resurrección de entre los muertos. En virtud de su Resurrección la proclamación de ese acontecimiento hace que lo que había sucedido una vez esté presente ahora como el acontecimiento que tiene lugar en la Misa. Veamos estas cinco dimensiones de la celebración que el *Catecismo* designa y veamos cómo, mediante palabras, signos, rituales y símbolos, el acontecimiento de la muerte y Resurrección de Jesús se hace presente.

Todos se reúnen

Cuando vamos a un lugar en concreto para la celebración de la Misa deberíamos ser conscientes de que el reunirnos juntos no es como reunirnos en cualquier otro lugar. La gracia de Dios nos une en este lugar y nuestra mera reunión es un acto ritual. Al reunirnos formamos un signo, un signo de que es Dios quien nos reúne y que ahora es él quien va a actuar. La asamblea es presidida por un obispo o un sacerdote, quien es un signo visible, un sacramento, de que Cristo mismo es “quien preside invisiblemente toda celebración eucarística” (CIC, No.1348). Las vestiduras especiales del sacerdote, su posición como cabeza de la asamblea y la manera en la que dirige todo lo que sucede y recita y celebra las partes clave de este memorial de la muerte y Resurrección del Señor ofrecen, todo junto, un signo fortísimo de que Cristo mismo reúne a la asamblea y que preside sobre ella. Pero el sacerdote no actúa en solitario; es decir, Cristo no actúa en solitario. Todos los miembros de la asamblea tienen sus papeles y

funciones que llevar a cabo. Lo que estos indican y consiguen es que Cristo nos asocie a él mismo en la gran obra de su muerte y Resurrección, en la cual, como veremos, él realiza un ofrecimiento de acción de gracias, intercesión y alabanza a su Padre. A lo largo de la Misa vale la pena prestar atención tanto al sacerdote como a la asamblea y a la relación entre ambos. Todo lo que se dice y hace se hace conjuntamente de manera complementaria. Todo es un signo de la Iglesia como cuerpo de Cristo y de Cristo como cabeza del cuerpo.

La Liturgia de la Palabra

La primera acción principal que tiene lugar dentro de esta asamblea es la proclamación de la Escritura. En la celebración dominical esto incluye una lectura del Antiguo Testamento (durante el tiempo de Pascua tomada de los Hechos de los Apóstoles), seguida de un Salmo Responsorial y este de una lectura de una de las cartas de los apóstoles. Un miembro bautizado de la asamblea siempre proclama estas lecturas y salmos, y esto es un signo de que la vida misma de los bautizados está llamada a ser una proclamación de la Escritura y que todos tienen esta responsabilidad. El hecho de que todos los demás escuchan también es un signo, signo de que hemos sido reunidos por Dios para escuchar hablar a Dios.

Cada lectura, del Antiguo Testamento y de los apóstoles, nos ayuda a su manera a poner en contexto y a entender teológicamente la lectura del Evangelio que vamos a escuchar. El Evangelio es el corazón de la Escritura y nos pone directamente en contacto con

Jesucristo a través de sus palabras y obras. Y en el corazón del Evangelio se encuentra la narración de su muerte y Resurrección. De hecho, al leer cualquier parte del Evangelio cualquier domingo, este corazón siempre se indica y está implícito. Debido a este carácter central del Evangelio, su proclamación la lleva a cabo un miembro ordenado de la asamblea (un diácono, sacerdote u obispo), cuya ordenación lo constituye un signo especial de la presencia de Cristo en la asamblea.

Las palabras de cualquier parte de la Escritura relatan o reflejan las maravillosas obras de Dios. La Iglesia cree que cuando la Escritura es proclamada en la asamblea los hechos que se narran se hacen presentes ante esa asamblea. Esta es una creencia correcta ya que las obras de Dios no se anticuan, no se desgastan con el paso del tiempo. Una vez llevadas a cabo permanecen y se hacen presentes mediante las palabras que las conmemoran. Las obras de Dios comenzaron con la creación del mundo. Después, la acción de Dios se centro especialmente en la historia de Israel, que prepara el camino para la llegada del Mesías, Jesús de Nazaret. Jesús revela una versión inesperada del Mesías, escondida pero no captada en el Antiguo Testamento; a saber, que el Mesías sufriría y después sería glorificado. Este es el centro, el corazón de aquello hacia lo que nos guían las palabras (véase Lc 24:13-35). Y si en este ensayo estamos reflexionando acerca de poner atención, entre otras cosas, a las palabras de la liturgia, entonces debemos poner especial atención en este momento de la liturgia

a las palabras de la Escritura y buscar ese corazón, ese núcleo. Las homilias y la catequesis (¡y una reflexión orante!) están para ayudarnos a encontrar ese corazón.

Aun así, la Liturgia de la Palabra no está compuesta sólo de palabras. Deberíamos ser conscientes del profundo significado de los sencillos gestos rituales que realizamos. Nos sentamos para escuchar las dos primeras lecturas. Esto no es simplemente para que descansen nuestras piernas. Sentarnos expresa que estamos listos para escuchar lo que Dios va a decir. Expresamos algo más cuando nos ponemos de pie para cantar el Aleluya y escuchar el Evangelio. Expresamos así nuestro respeto por este mensaje central privilegiado de la Palabra de Dios. Expresamos entusiasmo. Nos levantamos porque Cristo, quien habla, se ha "levantado" de entre los muertos, ha resucitado. Y a veces rodeamos la lectura del Evangelio con símbolos: la llama de las velas y el humo del incienso para indicar una presencia intensa y divina aquí y ahora, en nuestra asamblea.

La presentación de las ofrendas

Con la presentación de las ofrendas comienza la Liturgia de la Eucaristía. Ahora el peso de la celebración pasa de las palabras a los símbolos, incluso si las palabras siguen estando muy presentes y debemos seguir prestándoles atención. "En el corazón de la celebración de la Eucaristía se encuentran el pan y el vino que, por las palabras de Cristo y por la invocación del Espíritu Santo, se convierten en el

Cuerpo y la Sangre de Cristo” (CIC, no.1333). Es muy importante que entendamos el significado simbólico del pan y el vino si es que vamos a progresar en nuestro adentramiento en el significado de la Eucaristía. A partir de este punto hasta el final, el enfoque ritual se centra en el pan y el vino que los bautizados llevan y presentan al sacerdote, que luego son transformados en el Cuerpo y la Sangre de Cristo y que después son devueltos como alimento espiritual a las mismas personas que los presentaron.

El pan y el vino no son puramente símbolos naturales como lo puede ser, por ejemplo, el agua durante el Bautismo. De hecho son el producto de la cooperación entre el Creador y los seres humanos. Ahí yace su significado. Dios no hace pan y vino; lo hacen los seres humanos. El pan y el vino simbolizan la inmensa red de labor humana que se requiere para el sustento de nuestras vidas (pan) y para el gozo de nuestras vidas en comunidad (vino). En el gesto ritual de una procesión, el pan y el vino se llevan desde la asamblea de los bautizados a las manos del sacerdote. De hecho, esto simboliza a los bautizados llevando el mundo entero hasta las manos de Cristo y pidiéndole que transforme nuestros pobres (pero bellos) esfuerzos por tener sustento y una vida en comunidad; que los transforme en su Cuerpo y Sangre. Y esto es lo que hará.

La Plegaria Eucarística

“Con la plegaria eucarística . . . llegamos al corazón y a la cumbre de la celebración” (CIC, no.1352). No existe

un fin en la búsqueda de las profundidades del misterio de lo que se consigue durante el curso de éste. Es imposible ser exhaustivos aquí o en cualquier otro lugar. Un enfoque útil es el ser consciente de las diferentes partes de esta gran oración (CCC, nos.1352-1354). Podemos seguir estas partes, añadiendo los particulares ángulos que se ofrecen en este ensayo. La Plegaria Eucarística reúne muchas de las líneas ya mencionadas.

Ya hablamos de la interacción complementaria entre el sacerdote y la asamblea. Esto ahora alcanza una intensidad especial. En tres intercambios vigorosos que preceden al prefacio, Cristo, en la persona del sacerdote, toma los corazones de la asamblea y los eleva para la acción de gracias y alabanza que va a llevar a cabo. En el Santo, Santo, Santo la asamblea entona el canto de los ángeles y santos del cielo. Con este canto la asamblea, de una manera misteriosa, ha entrado en el santuario celestial donde Cristo presenta continuamente su ofrenda al Padre (véase Heb 9:11-14).

Ahora la gente se arrodilla y presta atención a las palabras del sacerdote. Se dan cuenta de que está hablando en nombre de todos ellos. En un gesto ritual evocativo, extiende sus manos sobre los dones del pan y el vino que ha traído la gente. Con este gesto y con las palabras que lo acompañan podemos, de alguna forma, detectar la acción invisible del Espíritu que sobrevuela de alguna manera entre las manos del sacerdote y los dones. Esto se denomina *epiclesis*. “En la *epiclesis*, la Iglesia pide al Padre que envíe su Espíritu Santo . . . sobre el pan y el vino, para que se

conviertan por su poder, en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, y que quienes toman parte en la Eucaristía sean un solo cuerpo y un solo espíritu (CIC, no.1353).

En el relato de la institución, palabras y gestos rituales del sacerdote se combinan magníficamente sobre los dones simbólicos del pan y el vino que los bautizados han presentado. El pan y el vino tienen significado no sólo como la combinación de la creación y la labor humana; también recuerdan el Éxodo de Israel y la cena pascual. Durante la Última Cena Jesús los usa para invocar este significado. Con todos estos significados flotando a su alrededor, Jesús toma el pan y el vino en sus manos y los declara signos que indican el significado de la muerte que padecerá al día siguiente. Cuando el sacerdote repite las mismas palabras y gestos que Jesús, el pan y el vino son transformados en su Cuerpo y Sangre porque, como mencionamos con anterioridad, las obras de Dios, una vez llevadas a cabo, no se anticuan; se hacen presentes de nuevo al ser narradas.

Le sigue la anámnesis y la ofrenda. “Anámnesis” es una palabra especial que designa esta conmemoración de las obras de Dios que las hace presentes de nuevo. Así pues, con este lenguaje solemne, “la Iglesia hace memoria de la pasión, de la resurrección y del retorno glorioso de Cristo Jesús; presenta al Padre la ofrenda de su Hijo que nos reconcilia con Él” (CIC, No.1354). Estas podrían ser simplemente palabras abstractas sino fuera por el hecho de que las palabras de la anámnesis y de la ofrenda se pronuncian con los brazos

extendidos ritualmente del sacerdote en el altar sobre el que se encuentran el Cuerpo y la Sangre del Señor bajo la apariencia del pan y el vino presentado por los bautizados. La ofrenda de Cristo es, de esta manera, presentada al Padre celestial por Cristo mismo junto con esta asamblea aquí reunida.

Las intercesiones siguen a esta ofrenda. En presencia del Cuerpo y Sangre del Señor, la Iglesia, habiendo entrado en el santuario celestial, intercede por medio de Cristo por sí misma y por todo el mundo. ¿Qué podría rechazar el Padre cuando se le pide en y a través de la presencia de este Cuerpo y Sangre santos?

El gesto y palabras rituales finales de esta gran oración son magníficos. El sacerdote eleva el Cuerpo y la Sangre del Señor —transformados del pan y el vino que han presentado los bautizados— y se los presenta a Dios Padre como la ofrenda perfecta realizada para la gloria de su nombre. “Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda Gloria por los siglos de los siglos”. En ese momento la Iglesia está haciendo lo que Cristo hizo y hace por siempre: ofrece su único Cuerpo, al cual la Iglesia se ha unido, al Padre para la gloria de su nombre y la salvación del mundo. Esta es nuestra comunión en el sacrificio de Cristo. Esta es la alabanza perfecta. Ratificamos esto con nuestro sonoro “amén”.

Comunión

Hay muchas palabras y rituales en torno a la recepción de la Comunión. Las palabras del Padre Nuestro expresan magníficamente nuestra cercanía al Padre conseguida mediante el sacrificio de su Hijo y le piden al Padre el “pan nuestro de cada día” de la Eucaristía. A continuación damos la paz los unos a los otros, demostrando que nuestra comunión con Cristo nos otorga también la comunión con los demás. Formamos una procesión y cantamos juntos a medida que nos acercamos al Cuerpo y Sangre santos del Señor. Hacemos una inclinación ante ellos en señal de adoración antes de recibirlos. Cada uno de nosotros se une a Cristo de una manera personal muy intensa al recibir su Cuerpo y Sangre. Pero, además, el recibir este alimento y bebida santos en nuestro cuerpo hace de la asamblea un gran signo. De hecho nos llevamos dentro de nosotros

mismos —¡tragamos!— el sacrificio de Cristo que estaba presente sobre el altar. La asamblea es transformada en “un solo cuerpo y un solo espíritu en Cristo”.

Esta es la asamblea que es enviada al mundo por Cristo, su cabeza. Este es el significado de la bendición final del sacerdote, la cual es la señal de la cruz trazada sobre nosotros con el nombre de la Santísima Trinidad. A continuación el sacerdote dice: “Glorificad al Señor con vuestra vida. Podéis ir en paz”. Efectivamente, mediante la Comunión la asamblea y cada uno de sus miembros han sido preparados precisamente para este momento. La vida de Cristo está presente en el mundo a través de la Iglesia celebrando la Eucaristía.

Copyright © 2011, Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos, Washington , D.C. Todos los derechos reservados. Se permite la reproducción de esta obra sin adaptación alguna para uso no comercial.

Las citas de la Sagrada Escritura han sido tomados del Leccionario © 1976, 1985, 1987, 1992, 1993, 2004, Conferencia Episcopal Mexicana; y de la Nueva Biblia de Jerusalén © 1998 Editorial Desclée De Brouwer, S.A., Bilbao.

Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica, segunda edición, © 2001, Libreria Editrice Vaticana–United States Conference of Catholic Bishops, Washington, D.C. Reproducidas con permiso. Todos los derechos reservados.

Excerpts from the Catechism of the Catholic Church, second edition, copyright © 2000, Libreria Editrice Vaticana–United States Conference of Catholic Bishops, Washington, DC. Used with permission. All rights reserved.

Textos del Misal Romano © 1975, 2003, Conferencia Episcopal Mexicana. Reproducidos con permiso. Todos los derechos reservados.

Citas del Papa Benedicto XVI, "Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI para la Jornada Mundial de las Misiones 2009", copyright © 2009, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano; "Sacramentum Caritas", copyright © 2007, LEV. Reproducidas con permiso. Todos los derechos reservados.

Citas del Papa Juan Pablo II, "Redemptoris Missio", copyright © 1990, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano. Reproducidas con permiso. Todos los derechos reservados.

Citas del Misal Romano © 1975, 2003, Conferencia Episcopal Mexicana. Reproducidas con permiso. Todos los derechos reservados.

Citas de The Roman Missal © 2010, ICEL. Reproducidas con permiso. Todos los derechos reservados.